

Dioses y Lobas

“Súbitamente, un rayo atravesó su pensamiento y entendió” que se había convertido en loba. Lejos quedaba aquel día en que su madre le dio unas alas para salir de aquel pueblo inhóspito que ni siquiera aparecía en los mapas. Se fue con la ilusión intacta de quien ansía triunfar en una gran ciudad repleta de oportunidades y vacía de virtudes, pero si algo tenía Erika eran virtudes y la desconfianza no era una de ellas. No lo vio venir. Solo lo presintió. Le prometió una vida, una familia y catapultarla a la fama y se cogió de su mano con los ojos cerrados. Parecía inofensivo y ya se sabe que las apariencias no engañan pero las expectativas sí. No había nada que temer ya que a estas alturas había aprendido que en la ciudad las sombras a veces son más peligrosas que los propios lobos. Pero la sombra de Zeus era tan grande y oscura como un agujero negro. La absorbió de tal manera que se alejó de sus padres, sus amigos, sus libros y su música tornando su vida tan fría y gris como el acero y el hormigón de los rascacielos que la rodeaban. Solo la mirada de sus hijos apaciguaba la sensación de fracaso que la envolvía hasta que esa mirada fue castigada con el puño firme de Zeus y ahí se acabó el gris. Todo sucedió tan rápido que Erika solo recuerda el crujido de un cuello fracturándose. El informe perital dictaminó que los estragos del alcohol hicieron que Zeus rodara por la escalera provocándole un desafortunado golpe mortal. Nadie dudó de Erika, tan frágil, tan delgada, tan sola, tan buena, tan tonta. Solo la fuerza de una manada entera podía haber empujado a Zeus a su propia muerte y ella al fin y al cabo solo era una loba. Ya se lo dijo su padre, cada uno de nosotros tiene dos lobos dentro y gana el que alimentas.